SANTIAGO MADRIGAL, SJ*

PEDRO ARRUPE Y EL CONCILIO VATICANO II

Fecha de recepción: octubre de 2015
Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2015

RESUMEN: El P. Pedro Arrupe (1907-1991) fue elegido Superior General de la Compañía de Jesús en mayo de 1965. La renovación de la Iglesia promovida por el Concilio Vaticano II provocó una profunda transformación de la Compañía de Jesús. Arrupe fue el hombre que tuvo que dirigir a los jesuitas en un turbulento período (1965-1983) de la historia de la Iglesia. Él intentó adaptar la misión y la espiritualidad ignaciana a los nuevos tiempos, pero siendo fiel a las primeras intuiciones de San Ignacio, a la búsqueda de lo esencial. Arrupe presidió las Congregaciones generales 31 y 32 y empujó a la Compañía a un compromiso más hondo con la justicia y su nueva perspectiva (la defensa de la fe y la promoción de la justicia) ha tenido un influjo importante en la espiritualidad y en la misión.

PALABRAS CLAVE: Arrupe; Compañía de Jesús; Congregación general 31; Congregación general 32; aggiornamento; misión; Vaticano II; recepción.

Pedro Arrupe and the Second Vatican Council

ABSTRACT: Fr. Pedro Arrupe (1907-1991) was elected Superior General of Society of Jesus on May 1965. The renovation of the Church promoved by the Council

* Director de la revista Estudios Eclesiásticos; Profesor en la facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid: smadrigal@comillas.edu.

Vatican II provoked a deep renewal inside the Society of Jesus. He was the man who hat to lead the Jesuits into a very turbulent period (1965-1983) in the history of the Church. He tried to adapt the mission and the ignatian Spirituality to the news times but being faithfull to the first intuitions of Saint Ignatius, in search of the essential. Arrupe directed the 31st and 32nd General Congregation and pushed the Society towards a deeper commitment with Justice and his new perspective (the defense of faith and promotion of justice) had an important influence on spirituality and mission.

KEY WORDS: Arrupe, Society of Jesus; General Congregation 31; General Congregation 32; *aggiornamento*; mission; Vatican II; reception.

El pasado 8 de diciembre se cumplió el cincuentenario de la solemne clausura del Concilio Vaticano II, el acontecimiento más importante en la historia eclesial reciente. Ese mismo día daba comienzo el *Año de la Misericordia* convocado por el Papa Francisco, cerrando así el ciclo conmemorativo que había inaugurado Benedicto XVI cuando proclamó la celebración del *Año de la Fe*, el 11 de octubre de 2012, en una evocación intencionada de la inauguración solemne de la asamblea ecuménica. Pocas cosas en la vida de la Iglesia escapan al programa de *aggiornamento* que expresan los 16 documentos conciliares, cuyas directrices siguen demandando de todos nosotros un esfuerzo de renovación y conversión. Por eso, nunca está de más volver la vista hacia aquellas históricas jornadas. Lo haremos de la mano de Pedro Arrupe (1907-1991), el jesuita vasco que estuvo al frente de la Compañía de Jesús entre 1965 y 1983.

En varias ocasiones y de diversas maneras me he ocupado de Arrupe en su relación con el Vaticano II, una conexión que arranca de un hecho de sobra conocido: su acceso al Concilio vino franqueado por su elección como prepósito general de la Compañía de Jesús en la mañana del 22 de mayo de 1965, pocos meses antes de que el Concilio entrara en su cuarta y última etapa, que transcurrió entre el 14 de septiembre y el 8 de diciembre[1]. Por eso, estas reflexiones adoptan el aire de ese

[1] S. Madrigal, «Su sentido de Iglesia. "Siguiendo la estela del Concilio Vaticano II"», en G. La Bella (ed.), *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Bilbao-Santander 2007, 635-667. *Íd.*, «El P. Arrupe y el ministerio de la educación: con ocasión de los 50 años de vida del Colegio Sagrado Corazón de León», en J. Pérez Rivera (coord.), *50 años en Compañía. Memorias y recuerdos 1959-2009*, León 2010, 33-50. *Íd.*, *Los jesuitas y el Concilio Vaticano II: meditación histórica en el bicentenario de la restauración de la Compañía de Jesús*, Madrid 2014.

modo propio de la contemplación ignaciana que es la «repetición». Esto significa volver sobre puntos que ya han sido objeto de consideración en estudios precedentes, para insistir ahora en algunos de ellos, enfocarlos desde otro ángulo, desde otras fuentes, y «reflectir», para buscar nuevos matices y sacar algún provecho de la historia contemplada.

Voy a discurrir por estos tres momentos: la elección de Arrupe como general de los jesuitas, sus intervenciones en el aula conciliar, sus esfuerzos para la aplicación del Concilio durante su mandato. Veamos qué es lo primero que siente este hombre cuando se convierte en el vigésimo octavo general de la Compañía de Jesús. En segundo lugar, voy a evocar el paso por el Concilio del «Papa negro» al hilo de sus dos intervenciones en el aula conciliar, cuyo estilo y contenido dibujan esa nota de «signo de contradicción» que no le va a abandonar durante el resto de su vida. En tercer lugar, recordaremos su actuación al frente de la orden fundada por S. Ignacio de Loyola como fiel testigo del Vaticano II y protagonista del *aggiornamento* a la hora de encarnar la novedad del Concilio en la vida de la Iglesia y de la Compañía.

Tras este recorrido intentaré sustanciar algunos aspectos fundamentales de su carismática figura, «el P. Arrupe que voy conociendo»[2], para decirlo con las palabras de I. Iglesias, uno de sus más estrechos colaboradores, fidedigno expositor de su obra y persona. Ahora bien, según mis recortadas posibilidades y de una manera bastante diferente a la suya, ya que nunca le conocí personalmente, sino a través del examen de su obra escrita engarzada en la historia y avatares de su vida[3].

I. UN «GENERAL PARA UN CONCILIO»: EN FIDELIDAD AL ROMANO PONTÍFICE

El reglamento del Concilio preveía la participación de los superiores generales de las órdenes religiosas, junto al colegio de obispos, como miembros de derecho de la asamblea. Por este motivo, el P. Juan Bautista Janssens (1889-1964), a la sazón general de la Compañía de Jesús,

[2] Véase: I. Iglesias, «*Sentir y cumplir*». *Escritos ignacianos*, Bilbao-Santander 2013, 399-419.

[3] Una amplia recopilación de escritos puede verse en P. Arrupe, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Santander 1981; y *La Iglesia de hoy y del futuro*, Bilbao-Santander 1982.

había participado en los tres períodos de sesiones que transcurrieron durante los otoños de 1962, 1963 y 1964, hasta que le sorprendió la muerte el 5 de octubre de 1964. Estas circunstancias exigían la convocatoria de la congregación general para proceder sin tardanza al nombramiento de un sucesor.

Por tanto, la Congregación general 31 (= CG 31), de la que salió elegido Arrupe, tuvo lugar en pleno ambiente conciliar, a caballo entre la tercera y la cuarta etapa conciliar, exactamente, entre el 7 de mayo y el 15 de julio de 1965. Su primer objetivo y más urgente era la elección del sustituto del P. Janssens. Los electores sintieron que en aquel hombre que había vivido 27 años en Japón como misionero de a pie, como maestro de novicios y como provincial, se conjugaban las cualidades y el carisma necesarios para llevar adelante el proyecto conciliar, o, en expresión de su primer biógrafo, un «General para un Concilio»[4]. Una vez cumplido este objetivo inaplazable, la Congregación decidió esperar la conclusión de los trabajos conciliares y volver a reunirse en una segunda sesión que tuvo lugar en el otoño de 1966.

En el archivo de la curia romana se conserva el texto latino del discurso pronunciado por Arrupe ante los padres congregados, con fecha de 7 de junio de 1965. Se trata de cuatro folios mecanografiados, en los que narra el desarrollo de la primera audiencia que le había concedido Pablo VI tras su elección. El Papa le expresó la conveniencia de que la Congregación esperara a la conclusión del Concilio para proseguir sus trabajos. Al comienzo de su intervención el nuevo General hacía esta declaración: «*Esta audiencia ha iluminado mi espíritu con gran claridad acerca de mi generalato*». Arrupe quiso poner en conocimiento de los padres congregados lo que estaba sintiendo aquellos días. Por ello, trazando un paralelismo entre la dinámica del Concilio y de la Congregación, no duda en considerar a ésta última, *collegialiter*, como su superior, y, por consiguiente, en el estilo ignaciano de gobierno, se dispuso a darle «cuenta de conciencia» acerca del movimiento de espíritus que en él había suscitado el encuentro con el Papa Montini del 31 de mayo.

[4] P. M. Lamet, *Arrupe. Testigo del siglo XX, profeta del XXI*, Madrid 2007, 251-282: capítulo 14: «General para un Concilio». Para más detalles, U. Valero, «Al frente de la Compañía: la Congregación general 31», en G. La Bella (ed.), *Pedro Arrupe*, o.c., 139-249; sobre su elección y los otros candidatos (Paolo Dezza, John L. Swain, Roderick Mackenzie), 162-177.

En primer lugar invoca y recuerda el cuarto voto de obediencia al Sumo Pontífice, como algo que S. Ignacio seguiría preconizando en estos nuevos tiempos: «*esta obediencia, sumisa y filial, debe ser la clave de nuestra mentalidad sobrenatural y de la eficacia de nuestro esfuerzo por el reino de Cristo*». Arrupe piensa que esta fidelidad, que le ha sido recordada y demandada por el Santo Padre, es la forma actual del servicio que la Compañía ha de prestar a la Santa Sede en los difíciles momentos por los que atraviesa la Iglesia. Su alocución retorna decididamente a las fuentes, buscando la inspiración y el consejo de los orígenes fundacionales. Y razona de esta manera: S. Ignacio había percibido muy nítidamente que el Papa, al estar al frente de la Iglesia universal, tenía un adecuado conocimiento de las mayores necesidades misioneras de la grey que pastoreaba. El Santo de Loyola ofrece sus ideas de renovación eclesial, pero no emprende nada hasta que el Pontífice haya dado su aprobación. Y, entonces, esta obra ya no es suya, sino de la Iglesia. Esta manera de proceder deriva de un sentido de Iglesia que florece desde esta convicción: «*S. Ignacio no puede separar la figura de Cristo de la Iglesia*». La evolución que la piedad y la devoción ignacianas han ido experimentando a propósito de la Iglesia acabó plasmada en la oblación al Sumo Pontífice, un episodio que ha de ser considerado como el verdadero fundamento de la Compañía.

Y el recién elegido General hacía una reflexión histórica apoyada en los estudios históricos del P. Pedro Leturia. Este sumario recorrido histórico le permite volver sobre la tesis enunciada y describir la evolución espiritual de S. Ignacio en los términos siguientes: «*el amor a Cristo le conduce a amar la Iglesia, de modo que su ideal supremo no puede ser sino vivir "en la ayuda de la santa Iglesia"*». Y comentaba:

> Ignacio encuentra representada a la Iglesia de modo eminente en el Sumo Pontífice. Ese amor ardiente hacia la Iglesia se encarna en la obediencia absoluta hacia su cabeza visible, el Sumo Pontífice. Así las cosas, ante las bulas pontificias sacrificó inmediatamente su ideal de vivir en Tierra Santa, algo que había concebido en el tiempo de su conversión en Loyola. Pero nótese que su oblación al Pontífice no se reduce a un acto único de obediencia que atañe a la orientación de la futura e incipiente Compañía, sino que se trata de una disposición permanente por la vía de la institución, para que esté de modo permanente en manos del Vicario de Cristo en la tierra, como un instrumento para ejecutar sus propósitos en el gobierno universal de la Iglesia.

> El cuarto voto es el ligamen por el que la Compañía permanece estrechamente ligada al Sumo Pontífice[5].

Esta actitud de incondicional servicio a las órdenes del Sumo Pontífice debía guiar los pasos de la Compañía en su renovado servicio a una Iglesia que estaba reflexionando sobre su naturaleza y misión en el Concilio Vaticano II. Las últimas reflexiones de aquel discurso pronunciado ante la CG 31 se cierran con la nota simpática referente a la primera fotografía de Pablo VI y Arrupe. Fueron retratados juntamente dos veces; en la primera ambos están bajo la imagen de Cristo, según voluntad expresa del Papa. La segunda reflejaba a Arrupe a los pies de Pablo VI recibiendo la bendición del Pontífice. Un Arrupe entusiasta escribía: «Luego consideré estos retratos como símbolo de nuestro trabajo futuro. Ahí está el lugar del Prepósito General y de la Compañía: bajo la imagen de Cristo con su vicario».

Conviene recordar que Pablo VI había inaugurado la primera sesión de la CG 31 con un significativo discurso; en aquella alocución, del 7 de mayo, pidió a la Compañía de Jesús que renovara su fidelidad a la Iglesia y a la Santa Sede, y en virtud de su voto especial de obediencia al Sumo Pontífice en lo tocante a las misiones apostólicas, le hizo el encargo especial de aunar todas sus fuerzas «para oponerse valientemente al ateísmo»[6]. Por eso, al término de aquella primera sesión, el 15 de julio, fue promulgado el decreto 3, *Misión de la Compañía acerca del ateísmo*, «para manifestar prontitud y agradecimiento al encargo de Pablo VI»[7].

La figura pública del nuevo General de la Compañía de Jesús quedó asociada rápidamente a la misión sobre el ateísmo recibida del Papa Montini. Así se desprende de algunas noticias periodísticas de aquella época, que anticipan el debate venidero en el aula conciliar. Así, por ejemplo, el escritor G. Torrente Ballester, haciéndose eco de unas declaraciones de Arrupe, sopesaba el alcance de la locución «lucha contra el ateísmo» y su oportunidad en la etapa de diálogo que había abierto la encíclica programática del beato Pablo VI, *Ecclesiam suam*. El literato gallego, que había mostrado su desasosiego ante ese lenguaje de tono

---

[5] Cf. U. Valero, «Al frente de la Compañía: la Congregación general 31», o.c., 175-176.

[6] Cf. *Congregación General XXXI. Documentos*, Ed. Hechos y Dichos, Zaragoza 1966, 11-16.

[7] A. Álvarez Bolado, «Crisis de la Compañía de Jesús en el generalato del P. Arrupe»: *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola* (2003) 205.

belicista, pudo comprobar pronto que el General de los jesuitas matizaba sus palabras anteriores y hablaba en términos de «nuestra acción frente al ateísmo», porque la palabra «lucha» no era «un término justo en horas de amor»[8].

A juzgar por los apuntes de los Ejercicios espirituales que Arrupe hizo en el mes de agosto de 1965, publicados en 2002 por I. Iglesias, esa encomienda del Papa había calado hondamente en su mente y en su corazón[9]. Aquellos Ejercicios arrancaban de su nueva situación, «elegido por Dios para ser General de la Compañía *ad vitam*», una condición peculiar y específica que modulaba su relectura del Principio y fundamento y le llevaba a examinarse ante el espejo de la figura ideal del general que describen las Constituciones. Al meditar sobre el reino y preguntarse por el plan de Jesucristo para la salvación del mundo, repasaba en su tenor latino la tarea (*munus*) recibida del Pontífice y anotó: «Hay un punto clave concreto en que el Señor por medio de su Vicario ha manifestado su voluntad. La lucha contra el ateísmo en todas sus formas»[10]. Las notas que han brotado de la meditación de media noche del 8 de agosto son bien elocuentes y comienzan así:

> La lucha contra el ateísmo recomendada por el Santo Padre de una manera tan apremiante es de una importancia grande y complejidad extraordinaria. Es la voluntad de Cristo y su Iglesia!! Es de tal profundidad y trascendencia, que es mayor que el peligro de la Reforma en el siglo XVI [...] El valor que se presenta por salvar es el de la *idea* misma de Dios. Los procedimientos del ateísmo son: (1) además de los tradicionales propios de la naturaleza humana caída, (2) los de una lucha organizada por todo el mundo, (3) agresiva por a) el modo de proponer sus ideas, b) los procedimientos de violencia de la libertad y persecución abierta, (4) la solapada del naturalismo[11].

El carácter de lucha, grandiosa y compleja, que encerraba la misión recibida, le llevaba a dibujar una estrategia de acción directa frente al ateísmo e indirecta ante el naturalismo que subrayaba la aportación singular de la espiritualidad ignaciana en su sumisión a la Santa Sede,

---

[8] Cf. S. MADRIGAL, «P. Arrupe, un líder para el sueño conciliar», en *Íd.*, *Memoria del Concilio. Diez evocaciones del Vaticano II*, Madrid-Bilbao 2002, 298-299.

[9] P. ARRUPE, *Aquí me tienes Señor. Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965)*. Introducción, transcripción y notas de Ignacio Iglesias, Bilbao 2002, 41-96.

[10] *Ibíd.*, 74 (corresponde a la meditación del 7 de agosto).

[11] *Ibíd.*, 78. La cursiva corresponde al subrayado en el texto autógrafo de Arrupe.

garante y sostén de una planificación apostólica mundial. Finalmente, en el último tramo de aquellos Ejercicios espirituales, después de haber tomado conciencia de la complejidad de su tarea y misión, Arrupe volvía su mirada a Jesucristo, «mi verdadero perfecto, perpetuo amigo», de cuya «relación personal única» ha de brotar el entusiasmo, el dinamismo, el *élan* apostólico, para poder ser verdadero instrumento en manos de Dios[12].

II. EL PASO DEL «PAPA NEGRO» POR EL AULA CONCILIAR: SIGNO DE CONTRADICCIÓN

Cuando Arrupe se incorporó al Concilio ya habían visto la luz algunos de los documentos fundamentales para una profunda renovación de la imagen de la Iglesia, como *Sacrosanctum Concilium*, *Lumen gentium*, *Unitatis redintegratio*. Al comenzar el cuarto período de sesiones estaban bastante avanzados el esquema sobre la revelación y la declaración sobre la libertad religiosa. También se estaban elaborando los decretos sobre la actividad misionera y sobre la vida religiosa. Otro tanto hay que decir del esquema XIII, al que la tercera etapa conciliar había dedicado bastante atención entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre de 1964. Casi al cabo de un año, el 23 de septiembre, volvía a entrar en el aula el texto llamado a ser la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Fue, precisamente, durante la discusión de la cuarta constitución del Vaticano II cuando se produjo la primera intervención del P. Arrupe, el 27 de septiembre, que versó sobre el ateísmo. Aquel día escribió J. L. Martín Descalzo:

> Me parece que ninguna intervención ha sido esperada en esta sesión con tanto interés como la del Padre Arrupe. «El Papa negro» ha sido siempre una personalidad en la Iglesia. ¿Quién duda que en sus manos está una de las grandes claves del postconcilio? ¿Qué dirección va a tomar la Compañía?, se preguntan muchos con curiosidad al mirar cómo entre los peritos conciliares muchos de los nombres más importantes llevan detrás una S. y una I.[13].

[12] *Ibíd.*, 91.

[13] J. L. Martín Descalzo, *Un periodista en el Concilio (4ª etapa)*, Madrid 1966, 188.

Tras estas palabras de introducción, que exhalan un cierto halo de curiosidad hacia la personalidad del nuevo general de la Compañía de Jesús, se preguntaba enfáticamente: ¿quién es verdaderamente el Padre Arrupe? El periodista del Concilio reproduce el tópico que caracteriza al personaje y que parece circular por el aula: «Su mentalidad huele a moderna, su lenguaje a antiguo; su espíritu parece abierto al siglo XX, y ciertas de sus maneras de ser huelen descaradamente a siglo XVI».

Desde muy pronto la personalidad de Arrupe parece estar llamada a ser signo de contradicción. Es notable y dispar el eco que aquella intervención ha dejado en los diarios de los padres conciliares. Sirva de botón de muestra el diario del jesuita Henri de Lubac: «No ha sido bien comprendida: sea materialmente, porque la dicción era demasiado rápida y la pronunciación defectuosa; sea por el fondo, que era sin embargo bastante rico y oportuno»[14]. Al día siguiente vuelve a escribir:

> Se discute mucho la intervención del P. Arrupe en el Concilio. Muchos se habrían sorprendido por una fórmula infeliz acerca de las grandes organizaciones internacionales que estarían, a menudo, dominadas por ateos. Se resume su pensamiento también de forma simplista; algunos critican lo que juzgan ser un papalismo excesivo; no oigo por ninguna parte el eco de lo que ha dicho de más original y de más positivo[15].

Estas polémicas persistentes en torno a la primera intervención de Arrupe se extienden también entre jesuitas; es el caso del provincial de Holanda[16]. Por su parte, el P. MacCool, de EEUU, había hecho unas duras declaraciones sobre las palabras del P. General, que la prensa norteamericana había aireado a los cuatro vientos. Por azar, –narra nuestro cronista–, los dos se encontraron en el ascensor de la Curia y Arrupe le

[14] *Carnets du Concile*, II, París 2007, 417. Cf. L. Declerck-A. Haquin (eds.), *Mgr Albert Prignon, Journal conciliaire de la 4e Session*, Lovaina 2003, 95-96. Contrasta la elogiosa valoración que se lee en el diario de N. Edelby (*Il Vaticano II nel diario di un vescovo arabo*, 301), y la impresión que le han transmitido a Y. Congar ausente del aula en aquel momento (*Mon Journal du Concile*, II, 409).

[15] *Carnets du Concile*, II, 419. En los apuntes del 6 de octubre (p. 430-431), reproduce fragmentos en latín de aquella intervención. El texto latino completo puede verse en AS IV/2, 481-484.

[16] Esta reacción desfavorable del provincial holandés, que opinaba que el P. Arrupe había maltratado a los ateos, ha sido recogida por monseñor Jacinto Argaya, que apunta: «Yo ni he oído tales palabras, ni he captado tal intención». (Cf. J. Argaya, *Diario del Concilio*, San Sebastián 2008, 434-435; 522).

dijo con una sonrisa: «¡Nuestros dos nombres han sido asociados en la prensa!»[17]. El 8 de octubre H. de Lubac mantuvo una conversación de casi una hora con el P. General; tras aquella entrevista consignó en sus apuntes este retrato de Arrupe:

> Es acogedor, modesto, a la vez vivo y dulce; tiene un gran ardor apostólico; parece comprender la gravedad de la crisis espiritual que atravesamos; hablamos del vértigo del ateísmo, de la vida religiosa, de la Compañía, de los estudios teológicos, del papa, etc. Yo le digo lo que pienso de la política del Santo Oficio y de los teólogos romanos desde hace veinte años: han hecho de la Iglesia, desde el punto de vista doctrinal, un desierto; han provocado una amargura tenaz; de ahí la explosión, y una parte de la crisis actual[18].

Y bien, ¿qué había dicho exactamente el P. Arrupe? Su intervención comenzaba de esta manera: «El esquema sobre la Iglesia en el mundo moderno es digno de alabanza por intentar dar soluciones a los problemas actuales, pero temo que tales soluciones y especialmente lo contenido en el número 19 sobre el ateísmo –ciertamente contra la intención de los redactores– queden todavía excesivamente en el plano intelectual. Esto sería permanecer en un defecto en el que incurrimos frecuentemente: la Iglesia tiene la verdad, los principios, los argumentos. Pero, ¿transmite todo esto al mundo de modo verdaderamente eficaz»[19]. Arrupe abogaba por una revisión a fondo de los métodos pastorales, especialmente con relación al fenómeno del ateísmo. Subrayaba que la naturaleza del problema del ateísmo no era de índole exclusivamente filosófica, sino vital.

En esta alocución se perciben claras resonancias de aquella meditación estival durante los Ejercicios espirituales, con su «plan total» de lucha contra el ateísmo, de la «acción anti-atea» de la Compañía, que el lenguaje del decreto de la CG 31 había matizado ya en la línea de una «predicación acomodada, unida a un religioso respeto».

El día 7 de octubre, –según informa el diario conciliar de Mons. Jacinto Argaya–, el prepósito general de la Compañía de Jesús pronunció

---

[17] *Carnets du Concile*, II, 459 (anotación del 13 de noviembre).

[18] *Carnets du Concile*, II, 435-436. Todavía el 10 de noviembre (p. 455) vuelve a anotar: «Polémiques persistantes autor de la première intervention conciliaire du P. Arrupe et de ses interviews (son «papalisme»)».

[19] El texto de esta intervención sobre el ateísmo puede verse en P. Arrupe, *La Iglesia de hoy y del futuro*, o.c., 125-128.

una brillante conferencia sobre las misiones ante el episcopado español. El P. Arrupe volvió a intervenir en el aula conciliar el 12 de octubre, cuando se debatía el esquema sobre la actividad misionera de la Iglesia, el futuro decreto *Ad gentes*, abogando por la seria y consecuente inculturación de la fe[20]. En su intervención llamó la atención sobre la urgencia y la dificultad del trabajo misionero: en las misiones, aparte de los problemas específicos del apostolado moderno (teológicos, filosóficos, lingüísticos, sociales, etc.), concurren otras dificultades gravísimas que nacen del hecho del encuentro con las antiguas y ricas culturas y religiones (como son el budismo, el shintoismo, el hinduismo) con los factores de las modernas culturas (existencialismo, marxismo). Por otro lado, es evidente que el influjo espiritual de la actividad misionera es decisivo de cara a la búsqueda eficaz de la paz del mundo. Finalmente, hizo un llamamiento para que todo el pueblo de Dios tomara como suyo el quehacer misional.

Arrupe se ha implicado en las tareas propias y cotidianas de un padre conciliar. Así, cuatro días después lo encontramos presidiendo la misa previa a la sesión de trabajo; en la congregación general de aquella jornada tuvo lugar el último debate concerniente al esquema sobre la vida y ministerio de los presbíteros. Argaya trazaba un retrato del general de la Compañía con estos rasgos:

> Es inteligentísimo, amable, sencillo y piadoso; con la autoridad que le da el haber estado misionando 27 años en Extremo Oriente y de haber aguantado la bomba atómica de Hiroshima. Muy conciliador; el día de S. Francisco de Borja invitó a su mesa a D. José María Escrivá de Balaguer, fundador del *Opus Dei*. También ha invitado a comer en su casa generalicia al P. Aniceto Fernández, general de los Dominicos[21].

La Oficina de Prensa del Concilio Vaticano II organizó los días 19, 20 y 21 de octubre una serie de conferencias sobre diversos temas candentes. Al P. Arrupe se le encargó la conferencia del día 20 sobre *Cultura y misiones*. Era la primera vez que en Superior de una orden religiosa compadecía ante la asamblea de periodistas acreditados en el Concilio. Argaya ha reproducido en su diario las ideas maestras del discurso:

[20] Cf. J. Argaya, *Diario del Concilio*, 474. Véase el texto de su intervención, «el misionero en la situación actual del mundo», en *La Iglesia del hoy y del futuro*, o.c., 161-165.

[21] J. Argaya, *Diario del Concilio*, 484.

> La evangelización ha de tomar al hombre como es, con sus culturas y valores humanos. No se debe llevar al Japón, o a otras regiones misionadas, la civilización y la cultura occidental, sino solamente la fe cristiana [...]. La Iglesia no sólo enseña, sino que también aprende de las diferentes culturas. Algunos pueblos orientales tienen valores de que, acaso, carecemos los occidentales. La Iglesia ha de respetarlos y conservarlos [...]. La Iglesia está abierta a todos los valores; ha de hacer la simbiosis de las culturas occidental y oriental. Jesucristo es el gran integrador de todo el mundo[22].

Con ocasión de la solemne sesión pública del 18 de noviembre de 1965, cuando se promulgaron la constitución sobre la revelación y el decreto sobre el apostolado seglar, Pablo VI había previsto meticulosamente una concelebración con 12 superiores de órdenes religiosas y 12 peritos. Entre estos últimos se encontraban dos teólogos jesuitas de gran renombre, Henri de Lubac y J. Courtney Murray; la aportación del pensador francés había resultado decisiva para la renovada visión de la Iglesia y para la elaboración de la doctrina sobre la revelación; el concurso del jesuita norteamericano había sido determinante en la redacción de la declaración sobre la libertad religiosa. Estos dos peritos abrían la marcha. También formaban parte de aquel séquito el P. General de los jesuitas y el de los dominicos[23].

En suma: el paso del «Papa negro» por el aula conciliar durante el cuarto y último período de sesiones había sido fugaz, no exento de contradicciones: «Cuando habló sobre el ateísmo en el Concilio –observa el historiador M. Revuelta– no mencionó la cruzada anticomunista, sino que aconsejó el diálogo con la increencia. Y en su segunda intervención conciliar, sobre la actividad misionera, enfocó el tema desde la inculturación, no desde la transculturación de la fe. Aquellas dos intervenciones en el aula conciliar, a finales de 1965, pusieron en guardia a algunos sectores conservadores contra el general "progresista"»[24].

---

[22] *Ibíd.*, 492-493. El texto completo puede verse en P. Arrupe, *Aquí me tienes Señor*, o.c., 159-167. También en J. Y. Calvez, *Écrits pour évangeliser*, París 1985, 43 y ss.

[23] *Ibíd.*, 548; H. de Lubac, *Carnets du Concile*, II, 462.

[24] M. Revuelta, «Renovación y crisis durante el generalato del padre Arrupe (1965-1983)», en T. Egido (coord.), *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, Madrid 2004, 405.

III. ARRUPE Y LA RECEPCIÓN DEL CONCILIO: UN PROTAGONISTA DEL *AGGIORNAMENTO* ECLESIAL

No puede decirse en rigor que el P. Arrupe haya sido un protagonista del Concilio Vaticano II. Ahora bien, sí que ha sido «una figura clave del post-concilio» (P. Ferrer Pi)[25], «un líder del sueño conciliar» (J. Y. Calvez)[26], que ha impulsado vigorosamente la vida de la Compañía de Jesús entre 1965 y 1983, en los años más convulsos de la primera recepción del Vaticano II, un tiempo de renovación y de crisis[27]. Además, su activa participación en los sucesivos sínodos de los obispos en calidad de presidente de la Unión de Superiores Generales robustecieron su liderazgo en la Iglesia posconciliar[28].

Por lo demás, la recepción de un Concilio es un momento de «crisis», y entiéndase este término no sólo en sentido sociológico, sino en su significado paladinamente teológico, es decir, un tiempo de elección y de decisión, un tiempo de discernimiento para tomar opciones determinantes en una o en otra dirección, y por eso, como ha señalado G. Routhier, «un tiempo de aprendizaje»[29]. En otras palabras: el «General para un Concilio» ha sido el audaz «protagonista del *aggiornamento* de la Compañía de Jesús» en aquella hora histórica de profundos cambios sociales, culturales, eclesiales[30].

Dar respuesta a un mundo en profunda transformación reclama un esfuerzo y una gimnasia que no están exentos de errores y fracasos. Éste es el riesgo que Arrupe afrontó con entusiasmo y con confianza en Dios en medio de muchas contrariedades. Nadie pone en duda su ejemplar vida religiosa de inequívocos tintes proféticos y místicos, ni su liderato,

---

[25] Cf. N. Alcover (ed.), *Pedro Arrupe. Memoria siempre viva*, Bilbao 2001, 97.

[26] J. Y. Calvez, *Le Père Arrupe. L'Église après le Concile*, París 1997 (hay traducción castellana: *El Padre Arrupe, profeta en la Iglesia del Concilio*, Bilbao 1998).

[27] Véase la síntesis trazada por U. Valero, «La Compañía de Jesús después del Concilio Vaticano II», en *Jesuitas: una misión, un proyecto*, Universidad de Deusto, Bilbao 2007, 133-158.

[28] Elegido por los Superiores generales, Arrupe ha participado en los sínodos de 1967, 1969, 1971, 1974, 1977, 1980. También tomó parte en la segunda y tercera asamblea general del CELAM, celebradas en Medellín (1968) y Puebla (1979).

[29] *Vatican II. Herméneutique et réception*, Québec 2006, 15-46; aquí: 20-21.

[30] Así lo ha presentado A. Álvarez Bolado, «Crisis de la Compañía de Jesús en el generalato del P. Arrupe»: *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola* (2003) 201-254; aquí: 205.

ni su trato exquisito, ni su amor a la Compañía de Jesús que gobernó durante 16 años. Lo que se discutió de Arrupe fue su gobierno. Unos lo consideraron débil e ilusorio. Otros dudaron del acierto de sus decisiones y orientaciones, hasta el punto de achacarle toda una serie de conflictos con la Santa Sede. Su tarea en aquella hora histórica no era nada fácil. Pero una cosa es radicalmente cierta: «que el P. Arrupe cayó en la cuenta de que no se podía seguir gobernando en la vida religiosa como si el Concilio Vaticano II no hubiese tenido lugar»[31].

El general vasco siempre se mostró convencido, como pocos, de que el Concilio era la obra del Espíritu, la mediación más inmediata de la voluntad de Dios y que, por consiguiente, la Compañía tenía que seguir el ejemplo de la Iglesia en el Concilio ecuménico. Casi al final de su mandato, con fecha de 18 de enero de 1979, escribió:

> Todos sabemos que el siglo XX ha presenciado una de las revoluciones culturales más amplias y profundas de la humanidad. Se trata de un mundo y un hombre nuevo. La Compañía vive, a su limitada escala, el problema universal de la Iglesia: abrirse a la nueva realidad. El Concilio Vaticano II y su reflejo jesuítico –las Congregaciones Generales 31 y 32– son los momentos de ese esfuerzo por ponerse al día[32].

La Compañía, como la Iglesia, se encontraba en un momento crucial: renovarse y adaptarse profundamente, o verse abocada a perder el vigor espiritual y apostólico que exigía su misión en las nuevas circunstancias del mundo. Había que poner en marcha la novedad del Concilio, y las dos congregaciones generales presididas por Arrupe constituyen, –junto con los textos más inspirados en los que hizo una relectura del patrimonio espiritual de S. Ignacio–, su legado fundamental y delinean el lugar teológico para aquilatar su condición de «protagonista del *aggiornamento* conciliar».

3.1. La Congregación general 31: *Misión de la Compañía de Jesús en nuestros días*

En esa línea de ponerse al día trabajó la CG 31 en su segunda fase o sesión, entre el 8 de septiembre y el 17 de noviembre de 1966. El *motu*

[31] E. Royón, «Su modo de gobernar», en *Pedro Arrupe*, o.c., 714.

[32] P. Arrupe, «El modo nuestro de proceder», en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, o.c., 64.

proprio «Ecclesiae sanctae», del 6 de agosto de 1966, prescribía a la vida religiosa la celebración de un capítulo *especial* en orden a la aplicación y puesta en práctica del Concilio Vaticano II, sobre todo con vistas a la «renovada acomodación de la vida religiosa» urgida por el decreto *Perfectae caritatis*. El propósito básico de la CG 31 fue la renovación y la modernización global de la Compañía de Jesús a la luz e impulso del Vaticano II. Este profundo *aggiornamento*, o puesta al día, a la altura y el ritmo de los nuevos tiempos, queda bien recogido en el título de su primer decreto: *Misión de la Compañía de Jesús en nuestros días*.

Que se trataba de una profunda reforma y de una adaptación del Instituto a las nuevas circunstancias de la misión queda bien a las claras en estas palabras del decreto 2: la Congregación, siguiendo las indicaciones de los documentos conciliares

> Juzgó que el régimen íntegro de la Compañía debía ser adaptado a las necesidades y condiciones de hoy; que se había de readaptar toda nuestra formación espiritual y la de los estudios; que había de ser renovada la misma vida religiosa y apostólica; que se habían de encarar nuestros ministerios a la luz del espíritu pastoral del Concilio y bajo el criterio de un mayor y más universal servicio divino en el mundo actual; y que el mismo patrimonio espiritual de nuestro Instituto, que entraña lo nuevo y lo antiguo, debía ser aligerado y de nuevo enriquecido conforme a las necesidades de nuestros tiempos[33].

En la onda de este espíritu de renovación se sitúan algunos de los decretos más relevantes elaborados por la Congregación General XXXI: con miras a la renovación acomodada de nuestro modo de vivir (decreto 2) y a la formación espiritual del jesuita (decreto 8), a la promoción de la vida religiosa (decreto 13) y comunitaria (decreto 19) y a la disciplina religiosa (decretos 16-17-18: castidad, obediencia, pobreza); y también con miras a la nueva manera de afrontar la tarea de evangelización y apostolado. Así las cosas, el decreto 3 asumía expresamente el encargo hecho por Pablo VI a la Compañía de la lucha contra el ateísmo, y toda una serie de decretos desgranaban los principales criterios de selección de ministerios acogiendo las líneas directrices del Concilio: el decreto 24 replanteaba el carácter misionero de la Compañía de Jesús siguiendo las directrices del documento conciliar *Ad gentes*; el decreto 26, centrado en el ecumenismo, acogía expresamente las indicaciones de *Unitatis*

[33] *Congregación General XXXI. Documentos*, o.c., 29.

redintegratio, *Orientalium Ecclesiarum*, *Dignitatis humanae*; el decreto 32 trata el apostolado social, y el decreto 33, sembrado de alusiones a *Lumen gentium*, *Apostolicam actuositatem*, *Gaudium et spes*, asume las líneas maestras de la teología del laicado; finalmente, hay que recordar la presencia del decreto *Inter mirifica* en el decreto 35, sobre los medios de comunicación social.

En el discurso de clausura, del 17 de noviembre de 1966, Arrupe reconocía que «la Congregación general se había celebrado en una situación eclesial difícil», donde se habían hecho presentes las distintas tendencias que existían en la Iglesia y que se habían manifestado con ocasión del Concilio. Son palabras que indican que también en el seno de la Congregación una minoría combativa había aceptado aquellos cambios a regañadientes, poco convencida de la validez y de la necesidad de aquellas reformas. Pero por encima de todo se había buscado un equilibrio, acomodando el carisma original al momento presente, y el General afirmaba con toda resolución: «Para que se entiendan nuestros decretos, meditemos el Evangelio, meditemos nuestras Constituciones, meditemos los documentos del Concilio Vaticano II». Y añadía:

> A la verdad la Congregación quiso constantemente no imitar o emular al Concilio, sino seguirlo con toda docilidad. Sin embargo, en esta misma Congregación pueden notarse ciertos rasgos de semejanza: no sólo en cuanto al sentido histórico y a la atención a los signos de los tiempos, no sólo en cuanto a la solicitud por el mundo de hoy día, por los hombres que están aún fuera de la Iglesia, no sólo en cuanto a las relaciones renovadas con los demás miembros de la Iglesia y con el laicado, sino también respecto de la renovación litúrgica, al culto de la palabra de Dios y al sentido comunitario. Pero se reconoce esta especial analogía con la índole del reciente Concilio: la Congregación no determinó tanto normas particulares, cuanto inculcó principios, valores, inspiración y definió orientaciones y direcciones[34].

Por consiguiente, la CG 31 representa el comienzo de la recepción del Vaticano II por la Compañía de Jesús, de modo que sus documentos se nutren de la enseñanza y del espíritu conciliar. Los cambios realizados por la promulgación de sus 56 decretos alteran profundamente la fisonomía de la Compañía de Jesús, poniendo en marcha un nuevo estilo de vida personal y comunitario, abriendo nuevos campos de acción y apostolado más social, actualizando la vitalidad del carisma ignaciano

[34] *Congregación General XXXI. Documentos*, 408.

conforme a los signos de los tiempos, renovando muchas tradiciones, reglas y prácticas devotas del pasado. De la CG 31 emerge, –en palabras de U. Valero–, un proyecto y una imagen de la Compañía de Jesús «sustancialmente idéntica con la de los orígenes», «comprometedora y exigente», «pero profundamente renovada y equipada para hacer frente a las nuevas necesidades y exigencias del mundo y de la Iglesia renovada en el Concilio, a la nueva cultura y a las nuevas sensibilidades»[35].

Aquel vuelco no fue indoloro. Los primeros compases de aquel cambio repentino pudieron parecer un golpe de timón, un cambio de rumbo, que hizo hablar de una «tercera Compañía», distinta de la fundada por Ignacio en 1540, distinta de la restaurada en 1814. Pronto comenzó a circular aquella cantinela que hablaba de ruptura y discontinuidad: un vasco fundó la Compañía y otro la va a destruir. A diestra y a siniestra se plantearon muchas dificultades y el General no lo tuvo fácil. En medio de aquellas tensiones tuvieron lugar los turbios episodios protagonizados por grupos de jesuitas hispanos muy activos entre 1966-1970, que lideraron un intento de ruptura (la *vera* Compañía). Esta dramática historia ha sido narrada con bastante detalle[36]. El «disenso contra-reformista» de aquel grupo, que no pudo interrumpir la renovación espiritual y la adaptación apostólica decididas por el Concilio y codificadas por la CG 31, volvió a hacerse presente con más virulencia en torno al lema de «jesuitas en fidelidad» cuando se estaba gestando la Congregación general 32.

Pedro Arrupe estaba convencido de la necesidad de que la Compañía, en su servicio a la Iglesia, acelerase su adaptación apostólica al mundo de hoy, anclada en el espíritu y en la letra del Concilio Vaticano II, enraizada en la más genuina espiritualidad ignaciana. Él seguía y siguió buscando la voluntad de Dios. En su mente se perfiló muy pronto la idea de una nueva Congregación que debía ser un paso ulterior en la ejecución del programa trazado por la CG 31, revisando lo que se había realizado, detectando los defectos y abusos en el *aggiornamento*, indicando nuevos modos de proceder más acordes con el empeño de renovación de la Compañía de Jesús en el proceso de la recepción conciliar.

---

[35] U. Valero, «Al frente de la Compañía: la Congregación general 31», o.c., 211.222, respectivamente.

[36] Cf. A. Álvarez Bolado, «Crisis de la Compañía de Jesús en el generalato del P. Arrupe», o.c., 208-209; 219-254. G. La Bella, «La crisis del cambio», en *Íd.* (ed.), *Pedro Arrupe*, o.c., 883-911.

3.2. La Congregación general 32: *el servicio de la fe y la promoción de la justicia*

Pedro Arrupe definió la Congregación general 32 como «la decisión más importante de mi generalato»[37]. Es preciso recordar que no habían transcurrido cuatro años de la clausura de la CG 31, cuando Arrupe, en el marco de la Congregación de procuradores que se celebró en Roma entre el 26 de septiembre y el 6 de octubre de 1970, dio a conocer su intención de celebrar, sin fecha precisa, una nueva congregación general. ¿Por qué celebrar tan pronto una nueva congregación? Las razones pueden buscarse en la carta abierta que dirigió el 25 de octubre a toda la Compañía[38]:

> Tenemos ante nosotros la oportunidad única y providencial de colaborar para que la Compañía se renueve y se adapte al mundo moderno: una oportunidad, por tanto, de prestar de nuestra parte el mejor servicio que podamos a la Iglesia y a los hombres. No dudo en afirmar que este deseo de renovación y adaptación nos viene dado por el Espíritu Santo. ¿No habremos de encontrar su origen en el mismo Concilio, que, por derecho propio, promovió la renovación de toda la Iglesia? Y los cambios profundos en el mundo, más profundos y más rápidos que nunca, ¿no son designios de la providencia de Dios, que se manifiesta por los llamados *signos de los tiempos*? ¿No se puede encontrar esto mismo en la misma Congregación general 31, que en sus decretos se esforzó por interpretar el espíritu del Concilio y mover a la Compañía al ritmo de la humanidad de hoy?

Arrupe pensaba que la CG 32 debía ser un paso definitivo en la adaptación de la Compañía a las nuevas exigencias apostólicas y a las necesidades del mundo contemporáneo; Arrupe esperaba que la CG 32 liberara a la Compañía de la polarización posconciliar, dando lugar a una nueva unión de ánimos, alumbrando una nueva síntesis entre las exigencias de la nueva creatividad apostólica y la fidelidad al carisma original. Arrupe seguía buscando la voluntad de Dios, al tiempo que se abría la larga fase preparatoria de la nueva congregación que transcurrió entre

[37] Véase: A. Álvarez Bolado, «La Congregación general XXXII», en G. La Bella (ed.), *Pedro Arrupe,* o.c., 251-355; U. Valero, *El proyecto de renovación de la Compañía de Jesús (1965-2007)*, Bilbao-Santander 2011, 163-203.

[38] Cf. U. Valero, *El proyecto de renovación de la Compañía de Jesús*, o.c., 150-161; aquí: 154.

1971 y 1974. No es casual que por aquellas calendas viera la luz su carta sobre «el discernimiento espiritual comunitario» (25 de diciembre de 1971), que exhortaba en último término a «crear en toda la Compañía tal ambiente de unión, en caridad y en obediencia, de reflexión y discernimiento espiritual y colaboración apostólica que la Congregación general vendrá a ser como su fruto natural y espontáneo»[39].

El 8 de septiembre de 1973, Arrupe convocó formalmente la Congregación general 32 para el 1 de diciembre de 1974. Cerrando ese ciclo de larga y esmerada preparación tampoco es casual la profunda reflexión que ofreció sobre la «misión, como clave del carisma ignaciano». Esta conferencia fue pronunciada en Loyola, el 7 de septiembre de 1974, precisamente cuando estaban aflorando a la luz pública los pronunciamientos más radicales del grupo *Jesuitas en fidelidad* con sus ásperas proclamas en contra de Arrupe, de su gobierno y de su doctrina, solicitando incluso su dimisión[40]. En su famosa conferencia sobre la misión, situada prácticamente en la mitad de su generalato, indicó cuáles eran los principios ignacianos medulares: la primacía de lo divino («a mayor gloria de Dios»); el servicio o interés por lo humano («ayudar a las almas»), el carácter eclesial («sentir con la Iglesia»); el carácter sacerdotal de la misión de la Compañía de Jesús como cuerpo, que S. Ignacio entendió más en la línea de *lo misional* que de *lo cultual*, que es la clave de comprensión renovadora promocionada por el Concilio. En este contexto esbozó como de pasada un corolario sobre el que enseguida hemos de volver: «el Vaticano II nos ha enseñado a entender mejor el pensamiento de S. Ignacio»[41].

En la carta de convocatoria había descrito y argumentado el objetivo central de la CG 32 en estos términos:

> La necesidad de buscar, precisar y concretar aún más y de manera más efectiva el tipo de servicio que la Compañía debe prestar a la Iglesia en un mundo que va cambiando tan rápidamente, y la necesidad de responder así al desafío que dicho mundo nos presenta. Ésta

[39] P. Arrupe, «Sobre el discernimiento espiritual comunitario», en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, o.c., 247-252; aquí: 251.

[40] Cf. A. Álvarez Bolado, «Crisis de la Compañía de Jesús en el generalato del P. Arrupe», o.c., 236-237. G. La Bella, «La crisis del cambio», o.c., 900.

[41] P. Arrupe, «La misión apostólica, clave del carisma ignaciano», en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, o.c., 120. S. Madrigal, «Magisterio y testimonio del P. Arrupe sobre el sacerdocio ministerial»: *Razón y Fe* 261 (2010) 89-108.

> misma había sido la intención y la tarea de la Congregación general 31; pero han sido tan grandes y tan fuertes los cambios en el mundo y en la Iglesia en estos siete años, que también han repercutido no poco en nuestra propia situación, que me parece necesario someterla a una consideración profunda, objetiva y abierta[42].

En aquella carta señalaba dos temas de capital importancia para la futura Congregación: la pobreza propia de la Compañía en el contexto económico y social de la nueva sociedad y la unión de los ánimos. De pasada indicaba otros dos problemas que se arrastraban desde la CG 31: la cuestión de los grados y la situación de los hermanos coadjutores. La Congregación, una vez puesta en marcha, tuvo que decidirse en medio de unas discrepancias de todos conocidas: mientras unos pedían más atención a la justicia en el mundo, otros no callaron sus reservas o desacuerdo ante una orientación que podía degenerar en un mero activismo social o en un puro humanismo. Así se dibujaron dos líneas de prioridades: la misión de la Compañía de Jesús en el mundo de hoy y la identidad de los jesuitas en un mundo muy secularizado.

Con sus trabajos de renovación y adaptación la CG 32 quiso prolongar, profundizar y concretar con nueva luz y apremio las orientaciones generales de la CG 31 en estos «cinco punto nucleares»[43]: una nueva reformulación de la identidad del jesuita (Decreto 2); una nueva expresión de la misión de la Compañía (Decreto 4); una revisión de las formación apostólica e intelectual de los jesuitas (Decreto 6); un replanteamiento de la vida religiosa y comunitaria (Decreto 11); una reformulación de la pobreza religiosa y apostólica (Decreto 12).

Finalmente, la CG 32 ha entrado en la historia de la mano de su «opción fundamental» formulada en el decreto 4: «La misión de la Compañía hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios»[44]. La Congregación daba así una definición de la misión de la Compañía de Jesús asociando de manera estrecha el servicio de la fe y la promoción de la justicia, donde esta segunda dimensión era entendida como «parte integrante» de la primera. En suma: la Compañía optaba por hacer del servicio de la fe y de la promoción de la justicia «el punto focal que

[42] Cf. U. VALERO, *El proyecto de renovación de la Compañía de Jesús*, o.c., 154-155.
[43] *Ibíd.*, 171.
[44] *Ibíd.*, 176.

identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son». Son palabras tomadas del decreto 2, que expresan bien el sentido de la opción, una opción rubricada con la conciencia expresa de que es perfectamente coherente con el carisma ignaciano original: «Nos confirmamos –se dice en el n. 10 del decreto 2– en esta opción decisiva, por llegar a ella desde otro punto de partida: la inspiración originaria de la Compañía»[45].

«Por fidelidad al carisma fundacional e institucional (la Compañía) ha debido cambiar tanto, conservando lo sustancial, que es inmutable». Esta afirmación brotó de los labios del P. Arrrupe el día de S. Ignacio en la homilía que tuvo en la Universidad Católica de Manila con motivo del 400 aniversario de la llegada de la Compañía de Jesús a Filipinas. Tienen sabor de testamento, pues fue precisamente a la vuelta de aquel viaje por Filipinas y Tailandia, que transcurrió entre el 24 de julio y el 7 de agosto de 1981, cuando sufrió la trombosis que le iba a mantener postrado hasta su muerte. En aquella ocasión habló también de la renovación solicitada desde la CG 32 en términos de un laborioso discernimiento:

> Me refiero a la reformulación del fin de la Compañía: desde «la defensa y propagación de la fe» al «servicio de la fe y promoción de la justicia». La nueva fórmula no es, en modo alguno, reductiva, desviacionista o disyuntiva; más bien explicita elementos contenidos en germen en la antigua formulación, gracias a una referencia más expresa a las necesidades presentes de la Iglesia y de la humanidad, a cuyo servicio estamos comprometidos por vocación[46].

3.3. La relectura actualizada del patrimonio espiritual ignaciano

Así ha quedado enunciado el otro lugar teológico donde Arrupe ha mostrado su condición de protagonista del *aggiornamento* conciliar: la relectura del carisma fundacional e institucional de S. Ignacio. Su actualización de la inspiración originaria de la Compañía, que aquí sólo podemos dejar apuntada, se puede rastrear en los cinco textos mayores que D. Mollá ha recogido recientemente en el libro *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*[47]: 1) *La misión apostólica, clave del carisma ignaciano*

[45] *Congregación General XXXII. Decretos y documentos anejos*, Madrid 1975, 48.

[46] Citado por I. Camacho, «La opción fe-justicia como clave de la evangelización en la Compañía de Jesús y el generalato del Padre Arrupe»: *Manresa* 62 (1990) 246 (cf. nota 80).

[47] D. Mollá, *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*, Bilbao-Santander 2015.

(1974); 2) *Servir solo al Señor y a la Iglesia, su esposa* (1978); 3) *El modo nuestro de proceder* (1979); 4) *Inspiración trinitaria del carisma ignaciano* (1980); 5) *Arraigados y cimentados en la caridad* (1981).

Ya nos hemos referido al primer texto, el más antiguo, que trata de la misión, como clave del carisma ignaciano; ahí está formulado el principio de Arquímedes que les subyace a todos: el Vaticano II, que ha puesto en el centro el concepto de «misión», la misión de Cristo y la misión de la Iglesia, nos ha ayudado a entender mejor el pensamiento de Ignacio sobre la misión de la Compañía como cuerpo apostólico[48]. En este proceso de aprendizaje que ha sido la recepción del Concilio, Arrupe ha puesto en práctica esta máxima: la vuelta a las fuentes fundacionales (Fórmula del Instituto, Ejercicios, Constituciones) desde las directrices conciliares es el mejor camino para una adecuada adaptación de la Compañía (y de la vida religiosa) a las exigencias apostólicas del presente. Esta certeza se asienta sobre un neto presupuesto pneumatológico: el mismo Espíritu que inspiró las Constituciones es el que inspira el movimiento impulsado por el Vaticano II, «hacia el verdadero *aggiornamento*, es decir, hacia la renovación, profundización, rejuvenecimiento y adaptación, necesario en un mundo nuevo que está naciendo»[49].

Sobre ello abundan, de diversas maneras, los otros cuatro textos mencionados, que han nacido como conferencias pronunciadas en el Centro de espiritualidad Ignaciana de Roma para clausurar los cursos de 1978, 1979, 1980 y 1981. En la primera de ellas Arrupe revisó la Fórmula del Instituto aprobada por Julio III en 1550: *Soli Domino, ac Ecclesiae ipsius sponsae sub Romano Pontifice, Christi in terris Vicario, servire*[50]. Se trata de un texto que enlaza directamente con esa devoción al Obispo de Roma y cabeza de la Iglesia universal que el General vasco había expresado ante la congregación general que le había elegido. Sin embargo, ahora las circunstancias eran muy diferentes. Atrás quedaba el lustro transcurrido entre 1973-1978, que había estado marcado por dificultades y malentendidos con la Santa Sede. El año 1978, como observa D. Mollá, ha sido el año de los tres papas: tras el fallecimiento de Pablo VI y el brevísimo pontificado del Papa Luciani, accede al solio pontificio

[48] P. Arrupe, «La misión apostólica, clave del carisma ignaciano», en *La identidad del jesuita*, o.c., 121.

[49] *Ibíd.*, 106.

[50] P. Arrupe, «Servir sólo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra», en *La identidad del jesuita*, o.c., 293-310.

Juan Pablo II[51]. Por encima de aquellas dificultades, Arrupe recordaba un elemento sustancial del carisma ignaciano: en estas circunstancias era necesario mantener la adhesión incondicional a la Iglesia, esposa de Cristo, en la línea de las reglas para sentir con la Iglesia, cuyo espíritu debía ser conservado según las exhortaciones del decreto 11 de la CG 32. A la hora de responder a la pregunta, ¿qué significa hoy servir solo al Señor y a la Iglesia su esposa bajo el Romano Pontífice?, había que vencer muchos obstáculos, si se quería que la Compañía siguiera prestando un servicio que no desdiga de su inspiración fundacional y de su historia. Arrupe señalaba este camino: «La luz que el Espíritu ha derramado sobre la Iglesia en el Vaticano II permite apreciar mejor el panorama»[52].

Hay que referirse, finalmente, a las otras tres conferencias pronunciadas en 1979, 1980 y 1981, y encadenadas entre sí, una hermosa trilogía de gran hondura mística y alcance espiritual. En «Nuestro modo de proceder» (18-I-1979) había partido del carisma ignaciano descendiendo por diversos niveles de aplicación a las cambiantes condiciones de los tiempos. El objetivo último venía fijado por la doble dirección marcada por el Concilio Vaticano II a los institutos religiosos: el retorno a las fuentes del propio carisma y, al mismo tiempo, la adaptación a las cambiantes situaciones de los tiempos. El General destilaba una serie de elementos propios y distintivos del jesuita y de su modo de proceder: el amor a Cristo, la disponibilidad, el sentido de la gratuidad, la universalidad, el sentido de cuerpo, la sensibilidad para lo humano y la solidaridad con el hombre concreto, el rigor y la calidad en este servicio, el amor a la Iglesia, el sentido de mínima Compañía, el sentido de discernimiento, la delicadeza en lo concerniente a la castidad, el *sensus societatis* como expresión del *sensus Christi*.

Ahí primaba la secuencia descendente: Trinidad – Evangelio – Ejercicios – Constituciones – jesuita – mundo. Al año siguiente, en su discurso «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano» (8-II-1980), prolongaba aquellas reflexiones. Esta vez, arrancando también del carisma ignaciano, emprendía el mismo camino pero en el sentido contrario, es decir, remontándose hacia lo más alto, hasta el supremo y originario punto de partida: las vivencias ignacianas en su intimidad trinitaria, la fuente de la que todo fluye y que constituyen el único fundamento que puede

[51] D. Mollá, *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*, o.c., 139-147.

[52] P. Arrupe, «Servir sólo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra», en *La identidad del jesuita*, o.c., 309.

explicarnos en su ultimidad la figura espiritual y la intuición fundacional de la Compañía de Jesús al servicio de la Iglesia. De ahí resultaba esta secuencia ascendente: mundo – jesuita – Constituciones – Ejercicios –Evangelio – Trinidad. «En el retorno a las fuentes que nos pide el Vaticano II –explicaba–, no puede la Compañía detenerse antes de llegar allí. Solo a la luz de la intimidad trinitaria de Ignacio puede comprenderse el carisma de la Compañía y ser aceptado y vivido»[53].

El día 6 de febrero de 1981 intervino por última vez en el Centro Ignaciano de Espiritualidad para dar cuenta de esa dinámica de interpelación ascendente y de respuesta descendente que nos permite entender por qué es propio del carisma ignaciano la espiritualidad que se sustancia en un constante contacto con Dios y con el ser humano, para «ayudar a las almas y acompañar al mundo en su inquieta búsqueda de Dios, que es su único fin», en medio de las cambiantes circunstancias de nuestro tiempo[54]. Su alocución comienza de esta manera:

> Es la tercera vez que acudo al Centro de Espiritualidad para clausurar vuestro Curso anual. En 1979 diserté sobre «Nuestro modo de proceder», y el año pasado lo hice sobre «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano». Con ello quise contribuir al estudio de las fuentes inspirativas de nuestro carisma: ese es el camino que el Concilio Vaticano II señala a los Institutos religiosos para conseguir la *accommodata renovatio*. «Nuestro modo de proceder» partía del carisma ignaciano *descendiendo* por diversos niveles de aplicación a las *cambiantes condiciones de los tiempos*. La «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», al contrario, partiendo también del carisma de Ignacio, se *remontaba* hasta lo más alto: su intimidad trinitaria. Hoy me propongo ahondar hasta el *centro* de esa suprema experiencia ignaciana: la realidad de que *Dios es caridad*. Porque, en mi opinión, esa es la última e irreductible síntesis de cuanto Ignacio ha aprehendido en esa privilegiada intimidad trinitaria a la que ha sido invitado: *La unidad divina entre el Padre y el Hijo, como comunidad de amor, culmina en la relación de ambos con el único Espíritu*. Esa es, por consiguiente, la última raíz, el último cimiento del carisma ignaciano, el alma de la Compañía[55].

---

[53] P. ARRUPE, «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», en *La identidad del jesuita*, 391-435; aquí: 393.

[54] P. ARRUPE, «La misión apostólica, clave del carisma ignaciano», en *La identidad del jesuita*, 113.

[55] P. ARRUPE, «Arraigados y cimentados en la caridad», en *La Iglesia de hoy*, 727-765; aquí: 728.

La última conferencia de Arrupe transmite y destila el mensaje nuclear del Evangelio, ese que Benedicto XVI convirtió en título de su primera encíclica: Dios es amor. Desde ahí explicaba la opción fundamental que había formulado la CG 32 ante Cristo crucificado por amor: la Congregación entendió que «la defensa y la propagación de la fe» significa «comprometerse en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige»[56].

Parece ser que para finales de 1979 o comienzos de 1980 Arrupe había decidido presentar su renuncia al cargo de General[57]. Al comunicar su intención al Papa Juan Pablo II, que sólo llevaba año y medio en su cargo, éste quedó sorprendido y le pidió que esperara un poco para poder informarse sobre la situación de la Compañía. En medio de esa espera se produjo algo inesperado por ambas partes: el Papa fue víctima de un atentado el 13 de mayo de 1981; pocos meses después Arrupe sufrió el derrame cerebral que significó el final de su actividad como general de la Compañía. Gravemente enfermo desde la trombosis cerebral que sufrió el 7 de agosto, Juan Pablo II delegó el gobierno de la Compañía en el P. Paolo Dezza, el 5 de octubre. Con todo, la dimisión oficial de Arrupe no se produjo hasta el 3 de septiembre de 1983, cuando la Congregación general 33 nombró a Peter Hans Kolvenbach nuevo prepósito general, poniendo fin al gobierno extraordinario de la Compañía. La vida del P. Arrupe se prolongó aún una década, hasta el año 1991, años de vida oculta en el retiro y en la enfermedad, ocaso profético del protagonista del *aggiornamento* de la Compañía.

IV. RECAPITULACIÓN: «EL PROFETA DE LA RENOVACIÓN CONCILIAR»

Para concluir retomemos la locución mencionada al principio de estas reflexiones: «el P. Arrupe que voy conociendo». Esta cláusula indica un presente, como si Arrupe continuara entre nosotros y, ciertamente, sigue entre nosotros de muchas formas. Una de ellas fue la puesta en marcha del servicio a los refugiados, hoy conocido por sus siglas JRS *(Jesuit Refugee Service)*, una de sus últimas intuiciones, cuya creación

[56] *Ibíd*., 759.

[57] M. Alcalá, «La dimisión de Arrupe», en *Pedro Arrupe*, o.c., 913-955; aquí: 919.

tuvo lugar el 14 de noviembre de 1980, casi al final de su vida activa, constituye un auténtico «canto de cisne»[58]. Por otro lado, la visión carismática del jesuita bilbaíno sigue presente en su manera de entender el diálogo con los otros, creyentes y no creyentes, que alcanza su paroxismo en la manera de entender la «inculturación», es decir, «la *encarnación* de la vida y el mensaje cristiano en un área cultural concreta», un principio que se ha convertido en un presupuesto para la llamada «nueva» evangelización[59].

Se podrían mencionar otras, que ejemplifican y hacen del P. Arrrupe un «profeta de la renovación conciliar»[60]. Esta dimensión permite recapitular cómo es «el P. Arrupe que voy conociendo», porque hacia ahí conduce el hilo directriz de estas páginas, a saber, su profundo deseo de seguir las directrices del Concilio Vaticano II, ese *élan apostólico* que hizo suyo desde la primera misión recibida del beato Pablo VI. De su mano, los años más difíciles de la primera recepción del Vaticano II no han sido en vano, sino que estos años, a ratos muy convulsos, han sido tiempo de aprendizaje para alumbrar una forma renovada de vivir el seguimiento de Cristo según el carisma ignaciano.

Es menester ir a las raíces, a la vida interior misteriosa e íntima de este hombre nada común[61], para descubrir los resortes místicos que sostienen su comprensión del *aggiornamento*, –la disponibilidad sin condiciones, el discernimiento de los signos de Dios en la historia humana, la inculturación o *kénosis* del evangelizador[62]–, y que le acreditan como «profeta de la renovación conciliar».

Arrupe se había formado en la escuela de los profetas, tal y como la ha descrito S. Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Vita consecrata* (n. 84): «La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la

---

[58] M. Campbell-Johnston, «Arrupe y el servicio a los refugiados», en *Pedro Arrupe*, o.c., 793-804; aquí: 802.

[59] Puede verse su famosa carta sobre la inculturación (14 de mayo de 1978), en *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, o.c., 95-102. Cf. J. Y. Calvez, «Diálogo, cultura, Evangelio», en *Pedro Arrupe*, o.c., 805-828; esp. 818-819.

[60] P. H. Kolvenbach, «P. Pedro Arrupe, profeta de la renovación conciliar», en: AaVv, *Arrupe y Gárate: dos modelos*, Publicaciones Deusto, Bilbao 2008, 99-113.

[61] Véase: I. Iglesias, «Aportaciones a su biografía interior», en *Pedro Arrupe*, o.c., 973-1019.

[62] Véase I. Iglesias, «Pedro Arrupe, un místico para el siglo XXI», en *Arrupe y Gárate*, o.c., 82-83.

historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado». Algo así destilan sus apuntes espirituales de agosto de 1965 en el momento crucial de sentirse General de la Compañía de Jesús ante Dios: «La necesidad de un contacto íntimo, lo más posible, y continuo con el Señor, me obliga a una pureza de alma grandísima. Nuestro Señor es quien ha de moverme e iluminarme con su gracia»[63]. De ahí, la actualidad reverdecida de su *voto de perfección* pronunciado en los años juveniles para «oír, ver y ser instrumento del Señor: que es cumplir en todo con su voluntad». Por eso, la «fuerza impulsora» que brota de su amor al Sagrado Corazón de Jesucristo le lleva a pronunciar en plena disponibilidad un sincero «¡Aquí me tienes, Señor!»[64].

Por otro lado, aquellos apuntes espirituales dejan traslucir que Arrupe no tiene ningún miedo al cambio, a la adaptación, a la modificación, a la novedad. El campo de la misión misma, el ateísmo, que el Papa le había presentado como horizonte de actuación, removió su interior y le hizo reflexionar sobre la misma capacidad evangelizadora de la Compañía de Jesús, al sentir que aquel reto era mayor y más profundo que el de la Reforma del siglo XVI. Como resultado de aquella meditación y de aquel ejercicio de discernimiento escribió:

> Los elementos esenciales de S. Ignacio, Formula Instituti, Constituciones y sus ideas generadoras, Ejercicios, presentan los elementos que hemos considerado como los de máxima eficacia para esa *acción* moderna y es como nos quiere el Papa. La necesidad de acomodación de algunos elementos (o quizá de muchos) es evidente, pero en los mismos principios ignacianos hay esa adaptabilidad, más aún esa *exigencia* de adaptabilidad que han de hacer de la Compañía el instrumento más eficaz. Tenemos en nuestras manos el *espíritu evangélico* universal y la capacidad de adaptación de la Compañía es *casi ilimitada*[65].

Las nuevas circunstancias demandan un proceso de acomodación y de inculturación de los sujetos y de las estructuras. En estas coordenadas

[63] P. Arrupe, *Aquí me tienes Señor*, o.c., 69.

[64] *Ibíd*., 70-73. Véase I. Iglesias, «Aportaciones a su biografía interior», o.c., 980-988.

[65] *Ibíd*., 81. La cursiva corresponde al subrayado en el texto original de Arrupe.

Arrupe afrontó la tarea de revisar las estructuras de la Compañía y su vida espiritual y apostólica, un desafío que formuló usando un lema extraído de las directrices conciliares para la vida religiosa: el retorno a las fuentes del propio carisma y la adaptación a las cambiantes situaciones de los tiempos[66].

Su verdadera preocupación fue siempre el impulso de una evangelización más intensa y profunda; a su servicio se hallan la renovación interior de la Iglesia y de la vida religiosa, el desarrollo de una teología más ajustada a la Palabra de Dios y a la vida concreta del ser humano, el diálogo con el mundo moderno, el diálogo ecuménico y con las otras religiones. Tal es el contenido último que se deja destilar de sus discursos, de sus conferencias, de sus cartas, sembrados de referencias a los 16 documentos conciliares, con una aproximación optimista a lo que el Vaticano II había puesto en marcha. Arrupe supo vivir intensamente el *aggiornamento* del Vaticano II gracias a un discernimiento orante de los signos de los tiempos: «Tras la letra de múltiples documentos conciliares, reconoce la revelación del Espíritu que lo hace todo nuevo. En las fórmulas y expresiones de la letra percibe la nueva fe, expresión de la tradición viva y de la pasión por la unidad de toda la humanidad en su Señor»[67].

En ese *aggiornamento* cobran su sentido más hondo las respuestas a las nuevas necesidades: el diálogo y la inculturación, la identidad y espiritualidad de los laicos, el desarrollo y la paz, la promoción de la justicia a través de una clara opción preferencial por los pobres. Una de las novedades más radicales del Concilio consistía en llevar hasta sus últimas consecuencias el mandamiento del amor, introduciendo así la dimensión social en el corazón de la misión de la Iglesia. La caridad o amor al prójimo y la promoción de la justicia se encuentran indisolublemente unidas al nuevo mandamiento del amor. La novedad del Concilio, en lo que atañe al diálogo con el mundo, fue impulsada por el P. Arrupe en el nivel más exigente: apertura a las otras religiones y apertura a los otros creyentes, diálogo crítico con las grandes ideologías como el marxismo. Al proclamar la novedad del espíritu del Concilio, el P. Arrupe se ha adelantado a caminar por la línea de cumbres.

---

[66] Cf. Decreto *Perfectae caritatis*, 2.

[67] P. H. Kolvenbach, «P. Pedro Arrupe, profeta de la renovación conciliar», o.c., 107.

Ahora bien, su actitud ante la novedad del Vaticano II se situaba sabiamente y no se dejaba clasificar, ni a derechas ni a izquierdas, ni entre los integristas fanáticos de la pureza de un sistema ni entre los partidarios de una apertura incondicionada, ni en el mantenimiento del pasado ni en la obsesión del presente, sino en el porvenir de la novedad de Cristo. Kolvenbach ilustraba esta actitud con una cita de S. Ireneo: «Sabed que Cristo aportó consigo toda la novedad que había sido anunciada. Esto es precisamente lo que tiempo atrás estaba anunciado: que la Novedad habría de venir para renovar y dar vida al ser humano»[68].

El programa conciliar de S. Juan XXIII no consistía en la mera modernización de la Iglesia, sino en su renovación en la novedad de Cristo. Arrupe urgía a orar mirando a Cristo como nuestro auténtico futuro. Por ello, según el «espíritu» del Concilio, era necesario salir de las viejas seguridades para adentrarse en esa nueva realidad de un mundo caracterizado por la descristianización creciente. Esta marcha se presenta como un verdadero éxodo repleto de nuevos desafíos, a la búsqueda de nuevas formas que no son ni recapitulaciones ni derrotas, sino necesidad y verdadero progreso en esa nueva fase histórica de la humanidad. En este proceso cobraba toda su actualidad el modelo de S. Ignacio, que inició una nueva forma de vida religiosa, impulsó un nuevo espíritu misionero en el siglo XVI, y nos ofreció con sus Ejercicios espirituales un instrumento de ayuda para recorrer esa vía de la novedad.

Su alta valoración del Concilio se deja sustanciar en una tesis de fondo: «El Vaticano II nos ha enseñado a entender mejor a Ignacio». En este lema se resuelve la pregunta acerca del significado del Vaticano II para la Compañía de Jesús, porque la aplicación de las directrices del Concilio a la renovación de la vida religiosa en general, y de la vida de la Compañía de Jesús en particular, le han llevado a rastrear en las raíces más hondas del carisma ignaciano. Sin duda alguna, brota de aquí una gran afinidad entre Ignacio de Loyola y Pedro Arrupe en su amor a la Iglesia, donde las directrices conciliares nos han suministrado muchos elementos de discernimiento.

Al cabo de cincuenta años de su celebración, la recepción del Concilio está lejos de haberse cerrado; más bien, en muchos aspectos está sólo comenzando. Al hacer memoria del P. Arrupe sentimos de nuevo

[68] P. H. Kolvenbach, «P. Pedro Arrupe, profeta de la renovación conciliar», o.c., 104 (*Adv. Haereses*, IV, 34, 1).

la invitación a poner en práctica la novedad del Concilio, a no callar las maravillosas novedades del Concilio, a no dejarnos vencer por el miedo a comprometerse en un camino nuevo que no sabemos hacia dónde nos conduce de la mano del Espíritu que hace nuevas todas las cosas. A una Compañía de Jesús que se encamina y prepara para la celebración de una próxima Congregación general no está de más recordarle que las palabras inspiradas del papa Francisco sobre la reforma misionera de la Iglesia en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* arrancan precisamente de la cita de S. Ireneo antes mencionada: «Cristo, en su venida, ha traído consigo toda novedad»[69].

[69] Cf. *Evangelii gaudium*, 11.